

Tal vez sea pronto para comprender el grado de calidad que pueda lograr una vocación tan honda, tan entrañablemente sentida. Porque —fuerza es decirlo— la esquivia pintura no se domina sólo con vocación.

Es indispensable algo más. Es indispensable conocer las leyes inexorables del color, el juego de sus relaciones. No es menos indispensable tomar el dibujo para que éste, dócil a nuestra mano y a nuestra pupila, aprehenda el contorno de las cosas, su perfil, su arabesco definidor.

Se necesitan muchas cosas más que por ahora no posee Eduardo Millas. Su color tiene a veces frescura y limpidez. Pero el conjunto de cosas que ignora parece superior al volumen de cosas que conoce (Sala Libertad).

<https://doi.org/10.29393/At353-354-261SOAR10261>

SALON OFICIAL 1954

La apertura de cada nuevo certamen de los que periódicamente organiza la Facultad de Bellas Artes se realiza bajo el signo de los mismos interrogantes. ¿Es peor que el anterior? ¿Representa este conjunto los rasgos peculiares de la pintura chilena?

Preguntas en cierto modo inútiles. Inútiles aun cuando no desprovistas de un legítimo afán crítico.

No sería difícil dar a cada una de ellas una respuesta provisional. Digámoslas.

El Salón 1954 nos parece superior en resultados a los tres últimos celebrados. El Salón no representa *toda* la pintura nacional, ni es una síntesis de las corrientes más generales. Esto es obvio. Faltaron muchos nombres.

Importa más que ello el hecho de confirmarse un fenómeno que en los Salones anteriores apuntaba discretamente. Existe sin duda un núcleo de artistas que mantienen un estilo unificado, un modo de hacer marcado por rasgos que sin perder la característica

que a cada uno de aquéllos le es propia, conservan cierta coherencia.

Quiere decir ello tal vez que la pintura chilena comienza a tener un perfil propio.

Podría ser un afán de ordenación y de medida. Audacia para avanzar hacia las expresiones de última hora, pero quedándose siempre en los límites de la discreción ajena a vocinglerías. Supone al mismo tiempo un inconveniente. Que la obra pierde vida y prefiere a la ardorosa originalidad, al arriesgado descubrimiento, una prudente contención, a veces lo mediocre y sin relieve.

Esta fué una de las mejores lecciones dejadas por el Salón Oficial de 1954.